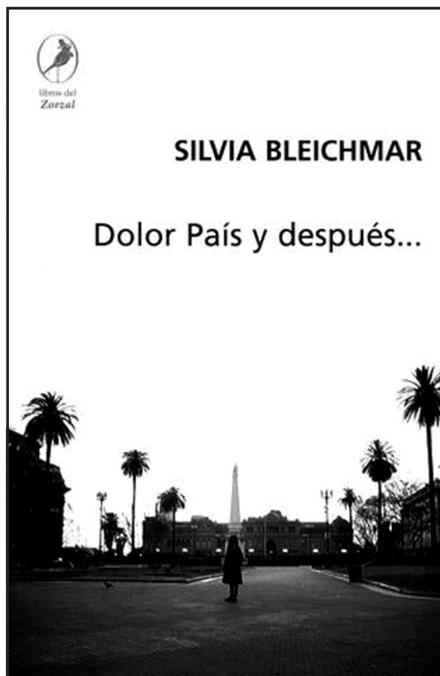


Dolor país y después...

*Silvia Bleichmar, Libros del Zorzal,
Buenos Aires, 2007*

Por María Valeria Álvarez



“...Venir después de otros no es ni una fuente de riqueza ni una maldición, pero puede ser un privilegio si uno se sabe situar, con relación a ellos, en la posición precisa, significativa, que lo habilite para hacer trabajar sus propuestas, y aun para ponerlas a trabajar nuevamente.”

Jean Laplanche

*Prólogo a En los orígenes del sujeto Psíquico,
de Silvia Bleichmar*

Silvia Bleichmar se doctoró en psicoanálisis en la Universidad de París VII, fue docente en diversas universidades de Argentina, España, Brasil y México; publicó numerosos artículos en periódicos y revistas especializadas del país y del exterior.

Entre sus obras publicadas se encuentran *En los orígenes del Sujeto Psíquico*, *La fundación del Inconciente*, *Clínica psicoanalítica y neogénesis* y *No me hubiera gustado morir en los noventa*.

Integró el Movimiento Argentina Resiste (MAR) conformado por artistas, científicos e intelectuales, cuyo eje central planteaba el rescate de espacios para repensar el país y desarrollar las bases no sobre qué país era posible, sino sobre que país era necesario. Así decía en una de las últimas entrevistas que le realizaron: *Entre el país que queremos y el posible, hay uno que es necesario y urgente*.

Escribió *Dolor País* después de los acontecimientos del 20 de diciembre de 2001, y el

título hace alusión a las mediciones de riesgo país que inundaron los '90; y en una suerte de ironía y audacia intelectual, Bleichmar sugiere, y así lo dice en su libro, que se podría medir el dolor país como se mide el riesgo país mediante una simple ecuación, *la relación entre la cuota diaria de sufrimiento que se le demanda a sus habitantes y la insensibilidad profunda de quienes son responsables de conseguir una salida menos cruenta*. De esta manera la dimensión del dolor, si bien no deja de ser subjetiva, enteramente personal, tiene su localización en el cuerpo social de pertenencia.

Así se avizora, en tanto se avanza en su lectura, que el país duele: “tristeza país”, “sufrimiento país”; y a quien no le duele será porque tuvo que recurrir a mucha escisión y desmentira, nos dirá.

Lo interesante de Bleichmar es que, lejos de proponer el psicoanálisis como una cosmovisión, obtura la posibilidad de que tampoco se lo haga con la ciencia económica o la gestión política desde un papel totalizante. Por lo mismo, propone pensar.

Y ese pensamiento que ella despliega sobre una situación política-histórico-cultural le permite utilizar conceptos acuñados por intelectuales de otras disciplinas, demostrando que un abordaje multidisciplinario no sólo es posible sino sumamente necesario.

Desde sus primeras definiciones, la autora diferencia los diversos modos de producir dolor a otro ser humano, agresividad, sadismo, crueldad, marcando como paradigma de esta última a la tortura: *...hay placer en demoler al otro, en arrancarlo de sí mismo, en destruir toda resistencia subjetiva que dé cuenta de que aún tiene un pensamiento que le pertenece; la necesidad de meterse hasta lo más recóndito y quebrar al otro no radica en el deseo de destruir su ideología, sino lo más profundo de su pensamiento, el núcleo mismo de su intimidad y, a través de ello, de su identidad*.

Entonces se valdrá del concepto de Hanna Arendt: “la banalidad del mal”, para pensar en aquel modo de operar que no es intrínsecamente sádico, ni cruel, ni agresivo y cuyos efectos implican todos ellos juntos, resultando el desconocimiento liso y llamo de la existencia. Es aquella posición subjetiva distinguida por la falla en la capacidad de reconocer la significación de la acción (no su sentido) ante la destrucción del otro.

Lo que no hay es el reconocimiento de que se trata de “alguien” y no simplemente de un lastre del que hay que desprenderse, por ello historiza, en lo que nos toca particularmente, la conquista del territorio americano y su culminación en el neoliberalismo actual, eufemísticamente denominado “racionalizador” y “ajustador”. Es decir, la organización del desmantelamiento y la aniquilación, regidos simplemente por el número, los capitales, el cálculo estadístico, los planes gubernamentales y empresariales; donde lo que se produce es una acción sin el más mínimo contenido ético. Esto podría traducirse, según nos dice Bleichmar, en este dolor país que resultaría de la combinación de estadísticas de: *suicidio, accidentes, infartos, muertes súbitas, violencia, ventas de antidepresivos, incremento de alcoholismo, abandono de niños, deserción escolar, éxodo*... Con ello, uno tendría una aproximación no ya a la insolvencia económica del país, sino a la insolvencia moral de su clase dirigente; siendo hoy ellos quienes deciden si le quitan los antibióticos a una maestra o la medicación antihipertensiva a un jubilado.

Así, se puede pensar que, si bien toda época tiene su malestar en la cultura, el de la nuestra se ve agravado por la falta de iniciativa, de poner en pie al pensamiento como instrumento crítico-creador.

Por ello, *Dolor País* redobla la apuesta y no sólo habla de dolor, también habla de un mal-estar, de un “malestar sobrante”, apun-